

una vez más, las fuerzas de orden público —los "pes-dars", los guardanes de la Revolución— desaparecen o se mantienen al margen mientras los integristas atacan a los izquierdistas, y reaparecen con bombas de humo, gases lacrimógenos y disparos al aire cuando la manifestación de la izquierda pide libertad de prensa y libertades públicas. Una vez más, los órganos oficiales y sus servidores explican que los manifestantes están pagados por el extranjero —en este caso, por el capitalismo y por el imperialismo— y les califican de amigos de Israel y enemigos de Palestina, lo cual no es evidentemente el caso. Mientras las etnias que esperaban que la liberación era para todos —como los kurdos—, se encuentran con las cargas del ejército —el mismo ejército de siempre, denominado ahora revolucionario— y los bombardeos de la aviación.

### El camino del cambio

Con menores signos de agudeza o de riesgo se ven en otros países los frenos no ya a las revoluciones, sino a cambios más modestos. Se ve en Portugal cómo se va quedando lejos la revolución de los claveles, se ve en Grecia —donde los enfrentamientos violentos del régimen con la

izquierda se hacen ya frecuentes— dónde se quedó la liberación de la "dictadura de los coroneles". Como se ve en España el refuerzo diario de la extrema derecha como ala militante y vigilante de un régimen que cierra cada vez más sus opciones a lo que servía más abiertamente democrático.

En ninguno de estos casos, ni siquiera en el más agudo y pronunciado del Irán, se puede decir que la anulación de los viejos tiranos haya sido un paso baldío. En todos hay una apertura positiva, que es el camino del cambio, aunque sea lógico que se vaya por el camino de lo posible. La capacidad de los pueblos para forzar a cambios decisivos en los gobiernos era algo de lo que se había dudado mucho a partir del asentamiento del mundo de la posguerra y la división de bloques. Estas revoluciones han demostrado que la posibilidad existe: es decir, que lo que supone un riesgo grave para las formas oligárquicas de poder es el mantenimiento de las tiranías, que en otros momentos se consideró como una salida única.

El camino del cambio, dentro de cada posibilidad de cada país, no parece ir por la instauración de eras nuevas, como soñaban las antiguas revoluciones. Pero no se ha cegado, no se ha cerrado. ■



Un rebelde kurdo, junto al puente del ferrocarril cerca de Ootur, en la frontera con Turquía.

# Las ruinas calientes de Managua

**FRANÇOIS CAVIGLIOLI**

**E**L autobús color plata de cristales ahumados se llama "Coyote de la Pampa". Entra en los arrabales de Managua, la sultana del Pacífico, tantas veces engullida, que vuelve a levantarse siempre a las orillas de su lago con olor a fiebre, la ciudad de los terremotos, de los eucaliptos y de los enterrados vivos.

El conductor lleva gafas oscuras, una "Thompson" sobre el asiento, y hace avanzar el vehículo como a través de un incendio. Se trata del autobús del retorno, y los refugiados miran con ojos desenchajados sin alcanzar a reconocer lo que fuera el barrio de los ricos. Esta es la ciudad prohibida donde se liquidaba por las buenas a los limpia-botas y vendedores de periódicos, donde las alumnas del Convento de los Pájaros, falda azul marino plisada y zapatos blancos, regresaban a casa escoltadas por los "half-tracks", y donde las niñas paseaban cochecitos de altas ruedas relucientes como féretros bajo la protección de guardias en equipo de combate. Las torres de las villas bávaras se han desplomado en los jardines ingleses ya invadidos por la maleza, y tan sólo los mastines, que antaño brincaban como pumas al otro lado de las verjas, se mantienen en sus puestos, convertidos en carroña que los gusanos devoran.

En la estación de autobuses —última realización del Presidente Somoza, como lo recuerda una losa de bronce

que parece una tumba—, los viajeros se hacían como fantasmas. Nadie se atreve a salir por la ciudad hambrienta, y todos guardan celosamente sus sacos de arroz y sus cajetillas de tabaco. Afuera, en la calle todavía desierta, sembrada de embudos abiertos por los obuses, se oye a un zapatero martillear sobre la suela en un cuchitril angosto y oscuro. Más allá, la palabra pastoral que brota de un altavoz colgado sobre la puerta de una iglesia de cemento cuya cruz yace en tierra.

El zapatero es un antiguo abogado, y el predicador, un monje guerrero, el padre Miguel de Escoto, consejero del Gobierno de Reconstrucción Nacional, que no hace sino repetir que la revolución sandinista no es anticristiana. Desde su puesto de mando, instalado en las escuelas Abraham Lincoln, en la antigua calle de los médicos y de los dentistas, cuyas salas de espera se abrían mediante puertas de doble batiente como los "saloons" del Oeste, el comandante Cero, Edén Pastora Gómez, viceministro del Interior, explica que la revolución sandinista no es comunista y que la URSS no ayuda al nuevo régimen. En el Palacio Nacional, rodeado aún de sacos terreros, cuyas balaustradas coloniales cuelgan sobre el vacío, otro miembro de la Junta, Alfonso Rodeso, afirma que Nicaragua no recibe ayuda alguna de los Estados Unidos, mientras que el ministro del



El comandante Edén Pastora quisiera uniformar a sus hombres, que, por error, se matan mutuamente en las noches de Managua.

Interior, Tomás Borge, ligado, según se dice, a Fidel Castro, lamenta amargamente la indiferencia cubana.

Como se ve, los sandinistas se definen por la negativa. No llegan a conferírle una personalidad a su neutralismo. Ideológicamente dispersos, andan errantes entre las ruinas que arrancaron a Somoza. **“Los somocistas nos han dejado un país quemado, exangüe, dividido por el odio —dice el arzobispo de Managua, Miguel Obando y Bravo—, y este es el instante en que el Gobierno no acaba de dar respuesta a la situación”.** Los sandinistas no terminan, en efecto, de desbrozar los escombros de la guerra, y Managua continúa siendo el museo fúnebre de la dictadura difunta.

En la sede medieval de la Policía somocista —que parece un tribunal de la Inquisición— todavía cuelgan las guimaldas del último banquete anual de los oficiales de la Seguridad, y pueden aún leerse, entre un acordeón y una guitarra rajada, los menús compuestos por un chef llegado de El Salvador. En los muros ennegrecidos de lo que fue Ministerio de Agricultura se ven fotos de Somoza asistiendo a fes-

tejos pueblerinos, tocado de un gran sombrero, acariciando sementales premiados y vacas de concurso. El hospital de Managua era, bajo su reinado, un vergel tropical que empleaba más jardineros que médicos, ya que, como todos los tiranos, amaba más a las flores que a los hombres.

En cambio, todavía puede uno darse de bruces, al doblar un corredor destartado, con una foto que le representa vigilando, con una torpe ternura, simulacros de vacunación contra todas las epidemias que tuvo el placer de decretar y de combatir, desde la peste hasta el plan (1). Por doquier se le ve haciendo como que alfabetiza niños, repuebla bosques o riega tierras, siempre descendiendo del helicóptero, omnipresente siempre, porque, no contento con reinar holgazanamente mediante el terror, Somoza oficiaba, celebraba la misa del poder.

En América, el poder es algo que se ve, algo que se palpa. Para descubrirlo hay que ir de una antigua escuela metodista a un edificio a

(1) Enfermedad tropical, parecida a la sífilis, que transmiten los insectos.

punto de desplomarse. El comandante Cero, el héroe de la revolución, el mismo que asestó el primer golpe decisivo a Somoza apoderándose del Palacio Nacional, el vencedor de la batalla de Rivas, el Empecinado del sandinismo, desempeña ahora funciones de comisario de barriada. Los demás miembros de la Junta se dispersan al primer rumor: los unos corren a la frontera de Honduras para oponerse a un eventual contraataque de Somoza hijo, que conserva una cincuenta de ex guardias nacionales, como si los jefes de la revolución quisieran seguir siendo guerrilleros, como si tuviesen miedo a soltar sus armas; los otros andan por Panamá o por Cuba...

**“Han derribado a Somoza y eso les basta —dice un diplomático británico—, pero han sustituido la dictadura por el vacío. Los sandinistas tienen miedo del poder. El Presidente Figueras, ex jefe del Estado de Costa Rica, que organizó, hace un cuarto de siglo, el asesinato de Somoza padre, acaba de instalarse —con sus noventa y dos años— en Managua, entre los escombros del hotel Carlos, para aconsejar a la Junta. Pero ellos no quieren**

líderes, y tienen razón. No quieren una revolución doctrinaria y alineada, y tienen razón. Sin embargo, tampoco se gobierna con la ausencia un pueblo ahogado por cuarenta años de dictadura y consumido por dos de guerra. El sandinismo sigue siendo una revolución romántica”.

Absorbidos por las necesidades de la clandestinidad, primero, y por las de la guerra, después, los jefes sandinistas, en realidad, no conocen bien a su propio pueblo. Es ahora cuando comienzan a descubrirlo. Un pueblo desconcertante en verdad: sandinista de corazón, por encima de todo, pero que ha tenido que ser durante demasiado tiempo somocista por necesidad, puesto que tenía que serlo para poder vivir, cultivar las tierras de Somoza, educar a su numerosa prole y enrolarse alguna vez en el Ejército. Un pueblo con altas tasas de analfabetismo, ya que Somoza no construyó escuelas para los pobres. Un pueblo, en suma, que teme al porvenir, porque no ve en el presente a nadie que haga siquiera ademán de gobernar.

Los ricos se han marchado, dejando sus palacios y sus perros aullando a la

## LAS RUINAS CALIENTES DE MANAGUA

muerte, y los pobres, expulsados por los bombardeos y el hambre, no se atreven a volver a casa. Son casi un millón los que, diseminados por la América Central, merodean tristemente las fronteras soñando con su regreso. Cada familia delega a uno de sus miembros para que vaya a investigar qué es lo que ocurre, compruebe si ya no se mata y vea si es posible hallar algo que comer.

Errarán todavía por largo tiempo en torno a su país, ya que están escaldados por cuarenta años de desesperación y de pasividad. Asoman a la frontera de Honduras, donde son rechazados sin discriminación por el comandante Chumbo, que les confunde con los guardias nacionales de Somoza hijo. Acuden al Salvador, donde reciben alojamiento en pequeños hotelitos de la capital, calle Concepción, y donde se les reconoce por su manera de echar la siesta tumbados en las hamacas de los patios: madres que ríen un poco demasiado fuerte sin olvidar su angustia, padres que charlan gravemente con el aire de patriarcas humillados, y niños que corretean por los adoquines. Los niños son siempre héroes en el exilio.

En la carretera Panamericana están a merced de los conductores de camiones internacionales, los señores del camino, que les harán pagar a precio de oro el viajar sentados sobre la cartola durante treinta y seis horas de ruta, que saben explotar sus impacencias de regresar —o de partir, para aquellos que se creen comprometidos con los somocistas, cuando no han sido, en la mayoría de los casos, más que sus víctimas—. En Peñas Blancas, en Costa Rica, esperan días y días, bajo las tejamanas de la aduana, a que la frontera se abra, y cuando se abre por fin, más de una vez renuncian a entrar o se dan la media vuelta asustados por un burdo rumor lanzado por el propio camionero.

Managua se ha convertido en la ciudad de la ausencia. Los que se marcharon no han regresado todavía, y los que se quedaron siempre se esconden. En la puerta de la logia masónica del Pacífico puede leerse un letrero: "Aquí se vende hielo en cubitos". Eso era antes de la guerra, bajo Somoza, que había cerrado la logia y expulsado a los francmasones. Hoy, la revolución ha desterrado los cubitos de hielo, y los francmasones no han vuelto, como tampoco los vulgares albañiles sin mandil, para reconstruir la ciudad, que habrá de levantarse por completo de la nada. No existe mercado negro por la sencilla razón de que nada hay, e incluso el dólar ha perdido su poder. Los cigarrillos se cambian por carne que llega en moto de haciendas sin dueño donde los rebaños han sido muertos y el hedor de su po-

dredumbre suplanta el de los cadáveres.

De día, Managua pertenece a las unidades del comandante Cero, Edén Pastora, quien, en la escuela de Abraham Lincoln, intenta enseñar a sus hombres a mantener el orden en la capital, donde todavía ayer tuvo el trabajo y la gloria de sembrar el desorden. De noche, Managua pertenece a todos los que posean un arma. Desde las seis de la tarde comienzan los tiroteos. Son los antiguos guardias nacionales que salen a la búsqueda de comida. Viven escondidos durante el día entre las ruinas, y salen en bandas por la noche. No es que sean ya somocistas: son, sencillamente, lobos. Puede que queden varios millares de ellos en la ciudad, donde tratan de esquivar a las patrullas sandinistas.

El comandante Edén Pastora ha advertido a la pobla-

ción: "No hay toque de queda, pero nadie salga de casa después de la caída del sol". La gente obedece y se retira a sus casas, es decir, a las tiendas de campaña facilitadas por la Cruz Roja. Al comandante Cero le gustaría surtir de uniformes a sus hombres, que llegan a matarse entre ellos por error, pero habría que pedirselos a los americanos. El senador Zorinski, que acaba de llegar a Managua, trata por todos los medios de convencer a la Junta de que los Estados Unidos están dispuestos a entregarles lo que quieran —salvo Somoza, en fin, al menos no tan aprisa—. Se le ve pasar, protegido por sandinistas armados, en un viejo Lincoln perteneciente al antiguo dictador, y hace la vista gorda ante las inscripciones que acusan a los gringos de sembrar el terror por todo el mundo.

Pero el comandante Cero hace que la ciudad funcione. De vez en cuando, él mismo se ausenta, desaparece. "Tiene que reflexionar", dicen sus hombres. Entonces todo el mundo espera: los habitantes, en sus madrigueras; los refugiados, en las aduanas, y también los cuatro mil quinientos guardias nacionales somocistas hacinados en todas las prisiones del país. No son, bien es verdad, maltratados, pero apenas si reciben una mísera ración de comida cada treinta horas. Piden ser juzgados, pero no hay jueces. No los ha habido jamás en Nicaragua. Hasta esto habrá que improvisar.

Hay un sector de Managua que ha conservado la calma en todo momento. Es la parte Norte de la ciudad, que fue arrasada por un terremoto en 1972 y abandonada de inmediato. Es la ciudad de los muertos, pero no más triste hoy que la de los vivos, de donde llegan, a veces, así lo aseguran las gentes de Managua, gritos de personas sepultadas que siguen todavía clamando en la noche. ■



Han derrocado la dictadura, pero, de momento, sólo la sustituyen con el vacío.